



(Muralla romana de Lugo.)

LA MURALLA ROMANA DE LUGO.

El monumento cuya copia presentamos á nuestros lectores, según debió existir durante la dominación romana, y como se encuentra en nuestros días, completa el carácter histórico de la ciudad de Lugo. Sus murallas revelan la significación política de la población, así como el delicado mosaico de la calle de Batitales, cuya descripción hemos publicado en las columnas de nuestro periódico, justifica la excelencia artística de sus dominadores. Las mutilaciones de los hombres han rebajado las dimensiones atrevidas de esta obra tan maravillosa como duradera, como se puede reconocer por la lámina que acompaña á este artículo; pero lo secular de su construcción ha conservado hasta nosotros los restos venerables de sus cubos ingrietados por el tiempo y cubiertos de yedra como heraldos envejecidos que sostienen con sus hombros la moderna población.

En la cumbre de una loma que corre de Oriente á Poniente, situada entre las riberas que forman el río Miño y el arroyo Paredes, se eleva la muralla romana que circunda á Lugo, sirviendo de no interrumpido paseo á sus habitantes. Su altura común es de doce á catorce varas, su espesor de cinco á seis, y su extensión geométrica alcanza hasta dos mil quinientos cuarenta y seis. Antes de las reparaciones que se hicieron en los años de 1809, 1825 y 1857 para hacerla servir de punto de defensa, tenía ochenta y cinco torreones: sobre algunos de estos cubos de igual salida al grueso de la muralla se elevaban las almenas correspondientes á dos pisos con ventanas de arco, las cuales servirían de retenes para la gente de armas que velaba durante la noche por la tranquilidad de la población. En la actualidad apenas se reconocen los vestigios de estas almenas que podían presentar los detalles más curiosos de la organización militar de los romanos. La orilla exterior de la muralla está sostenida por un parapeto de cinco pies con aspilleras en los cubos para fusilería, y en algunas partes de la fábrica tiene establecidas troneras para baterías. Su construcción llama la atención de los inteligentes, porque formada de pizarra sentada en durísima argamasa, parece que su petrificación secular rechaza la destrucción del tiempo. Hacia la parte que cae sobre el campo de san Roque, á consecuencia de un próximo hundimiento en la muralla, se ha construido una nueva cortina de fortificación para la defensa de Lugo, durante la última guerra civil. En uno de los vértices que forma la nueva cortina se lee la siguiente

inscripción abierta á nuestro modo de ver en mármol de uno de los pueblos de la provincia, en mármol de Bolaño:

CUERPO NACIONAL DE INGENIEROS. A ESPENSAS DE LA EXCMA. DIPUTACION DE LA PROVINCIA DE LUGO SE HA EDIFICADO ESTA PARTE DEL RECINTO PARA LA DEFENSA DE ESTA CAPITAL CONTRA LA USURPACION. AÑO DE 1857.

Esta muralla sirve del más ameno y pintoresco paseo de la ciudad. La vista se dilata desde su elevada posición y recorre sucesivamente las márgenes floridas del río Miño y los sotos poblados de la Gándara baja. Las casas de Lugo se acercan á su orilla interior, y más que una ciudad parece un inmenso caserío que descubre sus huertas y corrales al transeúnte. Algunas veces llega la población hasta el mismo asiento de la muralla y desembocan en un cubo los balcones de una sala, como acontece en la plaza del Castillo, al lado de la cárcel del Obispo; más allá la muralla sube á medida que desciende la ciudad, y desde la puerta de san Pedro—hoy puerta de la Coruña—la calle del mismo nombre es registrada casi á vista de pájaro, cruzándose las personas sobre el pretil de la puerta como las sombras de la fantasmagoría. Es una perspectiva fantástica y original la que ofrece Lugo al observador, siguiendo el viajero con la vista aquellas cabezas que los tejados de las casas separan de sus cuerpos para el que se encuentra sobre el pavimento de una de las calles de la población: la niebla se encarga involuntariamente de dar á este espectáculo la magia de una balada alemana ó de una visión escocesa.

La construcción de la muralla romana de Lugo debe pertenecer á los tiempos de Augusto ó Trajano: las inscripciones mutiladas que se descubren en algunos cubos de esta antigua fortificación son restos de lápidas votivas que no revelan la época á que debe remontarse su fundación. La dedicatoria de *Lucus* á Augusto—*Lucus Augusti*—y su clasificación de colonia romana explican la importancia de la ciudad y el empeño de resguardarla de la invasión de los enemigos con una muralla almenada. Durante esta época, en la cual permanecieron en la población dos cohortes de la séptima legión, como centro del gobierno romano en la Galicia septentrional, con legado augustal, tribunal, y más dependencias de un *convento jurídico*, debió tener lugar la construcción de la muralla que se ha conservado hasta nuestros días como un resto grandioso de los señores del mundo.

Sobre este monumento de la antigüedad han pasado los romanos, los suevos, los árabes, los normandos y los franceses de 1808: desde el ariete impelido por los soldados escudados, hasta el cañón de á veinte y cuatro disparado por invasores temerarios, las murallas de

6 DE OCTUBRE DE 1850.

Lugo han rechazado la agresión armada de diversos pueblos beligerantes. Sus almenas derruidas y cubiertas de flotante yedra, como los velos rotos de un aniversario fúnebre, han visto pasar por sus esplanadas á veinte generaciones, ya con la tranquila oliva de la paz, ya con el lábaro sangriento de la guerra.

La muralla de Lugo, como el acueducto de Segovia, el sepulcro de Escipión y otras obras romanas de España, espican la historia monumental de un pueblo que en la marcha impetuosa de sus legiones creyó encontrar en Galicia á *Finisterre*, cuando la Providencia lo tenía reservado para las caravelas españolas de Colon en las apartadas riberas de la América.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Coruña—febrero—7—1850.

COSTUMBRES DE LOS SEÑORES INGLESES EN EL SIGLO XV.

Las siguientes líneas están sacadas del diario de Isabel Woodville antes de su casamiento con sir John Grey. El original se conserva en el antiguo castillo de Drummom. Es un cuadro curioso del método de vida que llevaban los señores ingleses en aquella época aun no muy remota. Después de la muerte de sir John, Isabel Woodville se casó en 1463 con Eduardo IV; cuando Enrique IV, que se había casado con la hija de aquel, subió al trono, fué encerrada Isabel en el monasterio de Bermondsey, donde murió; sus cenizas, sin embargo, fueron llevadas á Windsor.

«Lunes, 9 de marzo. Me levanté á las 4 de la mañana, y ayudé á Catalina á ordeñar las vacas. Raquel, la segunda moza de patio, se escaldó una mano ayer noche: he hecho una cataplasma para ella, y he dado un dinero á Roberto para que la compre algunas golosinas en casa del boticario.»

«Las 6. El lomo de vaca estaba demasiado cocido, y la cerveza era demasiado añeja. *Memorandum*: reprender al cocinero por la primera falta, y remediar yo misma la segunda abriendo otra pipa de cerveza.»

«Las 7. He acompañado á mi señora madre en su paseo por el patio grande, he distribuido alimentos á 25 personas de ambos sexos, y he reprendido á Rogerio por haber mostrado enfado al dejar su almuerzo para acompañarnos.»

«Las 8. He ido al cercado que está detrás de la casa con mi doncella Dorotea, he cogido yo misma el potrillo Thomp, y he andado una distancia de 6 millas sin ponerle silla ni freno.»

«Las 10: la comida. Juan Grey es un joven agradable, pero ¿qué me importa? Una hija virtuosa debe estar enteramente á la disposición de sus padres. Juan ha comido poco, me ha mirado mucho, y ha dicho que las mugeres que no tenían buen genio no le parecían hermosas. Yo creo que mi carácter no es insufrible; nadie se queja de él mas que Rogerio, que es el criado mas perezoso de la casa. Los dientes blancos le gustan á Juan Grey, los míos no me parecen desagradables; me parece tambien que mi pelo es muy negro, y Juan piensa lo mismo si no me equivoco.»

«Las 11. Se han levantado de la mesa y todos han querido ir á pasear al campo. Juan Grey me ha ayudado á saltar las barreras y dos veces me ha apretado la mano con ardor. No puedo decir que tenga ningun reparo que poner contra Juan Grey; tira la barra tan bien como cualquier otro joven distinguido del condado, y no deja de asistir á la iglesia ningun domingo.»

«Las 5 de la tarde. La casa del pobre labrador Robinson acaba de quemarse; Juan Grey ha propuesto una suscripción á favor de aquel infeliz, dando él mismo nada menos que 4 libras para esta buena obra. *Memorandum*: nunca me ha parecido Juan tan bien como en aquel momento.»

«Las 4. He hecho mis oraciones.»

«Las 6. He dado de comer á los cerdos y á las aves.»

«Las 7. La cena está en la mesa; se ha atrasado por la desgracia del labrador Robinson. *Memorandum*: el pastel de ganso ha estado demasiado tiempo en el horno, y el tocino está deshecho de tanto cocer.»

«Las 9 de la noche. Todos se han acostado; estas horas postreras del día son desagradables. He hecho mis oraciones por segunda vez, pues en la primera me ha causado muchas distracciones Juan Grey. Me he dormido y he soñado con Juan Grey.»

EL LABRANTIO NIVERNENSE.

La lámina que acompaña á este artículo representa dos arados tirados cada uno por seis bueyes vigorosos y conducidos por labradores nivernenses. El primer tiro ocupa el centro de la composición,

y el segundo, que está á corta distancia, un poco escorzado, completa esta escena imponente donde se vé al hombre condenado providencialmente al trabajo mas duro, y sometiendo los animales á su yugo para dividir la tierra, fertilizarla y sacar de ella su alimento y el de su familia.

Sería imposible reproducir mejor los esfuerzos combinados del hombre y de los animales para fertilizar una tierra naturalmente rica, pero que parece prestarse á pesar suyo á la voluntad obstinada



del labrador. Entre el esfuerzo penoso de los seis bueyes de cada arado, la mirada inquieta y atenta de los que los guían, y los terrazgos enormes que erizan simétricamente la tierra á medida que se las arranca, reina una armonía de los seres vivientes con la resistencia de la tierra inerte, que afecta al espectador. Aquí, bajo una forma sencilla, hermosa é imponente, está caracterizada la condición del hombre, á quien dijo Dios: — «La tierra será maldita por tu culpa,

y no sacarás de ella tu sustento sino con mucho trabajo.» Así esta composición de género, este cuadro de animales, como podrían designarle los fabricantes de clasificaciones, presenta de hecho un objeto bíblico de los mas elevados, y bosquejado con una superioridad muy notable.

LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

(Continuacion.)

—Yo no sé, dijo, lo que os habrá contado el príncipe acerca de nuestros amores; pero yo estoy pronta á declararos la verdad.

Nada sé, contestó el Rey, disimulando con la mayor naturalidad.

FLORIANA. ¡Ah! me alegro de poder justificar á vuestro hijo sin que nadie me fuerce á ello. Señor... sabedlo... yo hice creer al príncipe que mi nacimiento era ilustre.

(Froya y Teodosinda se miraron atónitos y descontentos.)

FROYA. Pero á Recesvinto le consta que su mujer es española.

(Bien le vino á Floriana que le dijese el nombre verdadero del príncipe, porque ella no sabía mas que el fingido de Eliodoro.)

FLORIANA. No he declarado á mi esposo el secreto de mi cuna hasta mucho despues de nuestro casamiento.

EL REY. De esa manera, mi hijo no ha delinquido en...

FLORIANA. La delincuente he sido yo.

TEODOSINDA. No dejéis ignorar por mas tiempo á la española la verdadera culpa del príncipe. Decid á esa mujer ambiciosa que Recesvinto estaba tratado de casar conmigo.

FLORIANA. ¡Tratado de casar con vos! ¡Madre de misericordia!

FROYA. Decidle, por si no lo sabe, puesto que se ha criado en un desierto, que en habiéndose celebrado unos esponsales y dado el anillo, ya no puede ninguno de los contrayentes celebrar otro matrimonio, á menos que de comun acuerdo se anule el desposorio primero.

TEODOSINDA. Mis esponsales con el príncipe no se han anulado.

FLORIANA. ¡Justo Dios!

FROYA. El desposado que celebre otras bodas, queda segun la ley por esclavo de la desposada á quien es infiel.

TEODOSINDA. Y la mujer con quien se case, queda por esclava igualmente.

FLORIANA. Luego yo... luego el príncipe...

EL REY. La ley os condena á entrambos á la servidumbre.

TEODOSINDA. ¡Oh! yo perdono al príncipe.

FROYA. ¡Donoso sería ver con una argolla al cuello y rapada la cabeza al pretendiente de la corona!

FLORIANA. ¡Oh! si señora, bien haceis en perdonarle: no haceis mas que justicia, porque toda la culpa es mia: yo he seducido al príncipe, yo me he valido de todos los artificios posibles para poseer su mano.

(Cuando Floriana decia esto, no creia mentir. Su deseo de salvar á su esposo le hacia mirar en aquel momento como artificios de seducción todas las expresiones de cariño que involuntariamente le habia dirigido desde la primera vez que le dijo: «tú eres el compañero que me está destinado.»)

EL REY. Teodosinda, el perdón que concedes á mi hijo, te honra sobre manera, y yo te lo agradezco en el alma. Pero desearia que tu generosidad se estiendiese tambien á esta infeliz, que acaso no sabria que mi hijo estaba ya desposado: entonces el mas culpable era él.

FLORIANA. Señor, nada puede disculparme, yo lo sabia.

(¡Mentira barto noble!)

TEODOSINDA. Ya lo veis: la verdadera culpable es esta: ella lo confiesa, y todas las apariencias lo confirman: ella era la que ganaba en casarse con Recesvinto, al paso que vuestro hijo lo arriesgaba todo al casarse con ella. Pido pues, que perdoneis á vuestro hijo y me entreguéis por esclava esta mujer.

FLORIANA. Yo os lo pido tambien: castigadme á mí sola y perdonad á vuestro hijo.

EL REY ocultando su profunda conmocion, asió de la ropa á Floriana y haciéndola dar un paso hacia Teodosinda, dijo con voz solemne:—esclava, hé ahí tu señora.

Teodosinda hizo una seña á las esclavas de su séquito para que rodeasen á Floriana, y les dijo:—llevad á mi palacio á vuestra nueva compañera. Mañana os diré lo que habeis de hacer.

Con esto se retiraron todos.

Los lances de este capítulo necesitan poca explicacion. Flavio habia descubierto que su hijo habia mandado que Floriana fuese conducida secretamente á Toledo, y habia querido sorprender á los

dos esposos llevando en su compañía á Teodosinda, con quien aparentaba querer reconciliar á su hijo: Froya se habia prestado á la sorpresa, porque creia que todo cuanto concurriese á humillar al pretendiente del solio, le alejaba mas y mas de sus gradas. Las miras de Flavio iban mucho mas allá. No le daba cuidado ninguno el riesgo de esclavitud en que habia puesto á su hijo, ni el desconcep-to que pudiera seguirsele: la autoridad del padre estaba muy afianzada y las prendas del hijo eran sobrado conocidas para que pudiese perjudicarle la noticia de haber celebrado un casamiento desigual, grave crimen en un godo pobre, pero cosa de menos valer en un poderoso. Flavio, aunque rey electivo, habia sabido hacerse respetar mucho y temer aun mas: tenia casi todas las cualidades de un gran monarca, y para ser tirano le faltaba muy poco.

IV.

Cruel fué la primera noche que Floriana pasó bajo el techo de Teodosinda. De libre y venturosa consorte, habia pasado en pocas horas al estado de mujer divorciada, á la condicion de sierva: rápida como un relámpago habia pasado por su mente la idea de estar casada con un príncipe, y en el mismo momento se habia visto privada de esposo, de libertad, de esperanza. Momento de luz que le alumbró para ver el abismo en que la precipitaba su suerte. ¿Qué seria de ella entregada á los caprichos de un rival? ¿Qué seria de ella cuando la mirase Recesvinto? ¿Qué si no la miraba? ¿Qué seria de él? ¿Cómo aquel hombre de tanto brio habia sido capaz de abandonarla al rigor de un padre y de una competidora? Recesvinto no la habia amado nunca:—y sin embargo, Floriana á pesar de todo no podia menos de creer que Recesvinto la amaba siempre. Copiosas lágrimas regaron el lecho humilde de la hija del valle, igual en todo al de las esclavas que dormían encerradas con ella; pero en un alma verdaderamente virtuosa, por tierna que sea, solo breve tiempo domina el dolor. Veíase infeliz; pero se sentia inocente, consuelo el mas poderoso que existe. Veíase esclava; pero en Toledo no habia nadie que la hubiera conocido en el estado de libre. Como se habia criado en un retiro, no le causaba rubor el pasar de un estado próspero á un estado abatido: sentia pues su infelicidad; pero este dolor iba exento de los aguijones de la vergüenza, que es el suplicio mayor del que padece. No tenia padres ni deudos á quienes afligiese su desventura: tambien es parte de consuelo padecer solo. Por último, se habia esforzado á salvar ó disculpar al hombre que amaba; se habia sacrificado por él; no podia dudar á pesar de las apariencias, que su sacrificio seria justamente apreciado por el hijo del monarca, y le quedaba la dulce complacencia que produce una accion noble. Así, despues de haberse abandonado largas horas al desconsuelo, vino al cabo el instante destinado á la victoria debida á su heroico valor. Yo haré ver, dijo interiormente con una resolucion del todo española; yo haré ver en el estado de esclava que la muger en quien puso Recesvinto los ojos, no era indigna de ascender á se-lecho. Una fervorosa oracion acabó de restablecer en su espiritu aquel género de tranquilidad que su situacion permitia: la tranquilidad de la resignacion, que se funda en el conocimiento de sí propio, en el respeto á la voluntad del cielo, y en la confianza en su bondad infinita.

A la mañana siguiente, las esclavas hicieron tomar un baño á la nueva compañera, la vistieron el hábito de su clase, corto y sin mangas; pero rico segun convenia á la opulencia de la casa; y con el cabello tendido la llevaron á presencia de la señora. Estaba Teodosinda sentada en un rico estrado, vestida con la mejor de sus galas, como si celebrase una fiesta, ó como si quisiera hacer alarde de su riqueza, gallardia y gusto á los ojos de la mujer que habia reinado en el corazon de Recesvinto. La satisfaccion del triunfo animaba su rostro, blanco si, pero ordinariamente descolorido: era Teodosinda, alta, gruesa, rubia, de regulares facciones, de grandes ojos y proporcionada boca: era hermosa muger, y sin embargo le faltaba alguna cosa notable para ser bella: faltábale aquel rayo vivificante que desde lo intimo del alma sale á los ojos, brota en el lábio y vibra en el acento: faltaba en aquel rostro el sello imponente de la inteligencia, la marca gloriosa de la bondad. Y con todo, si alguna vez habia podido creerse Teodosinda perfectamente bella, era en aquel instante: el lujo de sus vestiduras y el esmero de su tocado, que otras veces la favorecian tan poco como si se hubiesen empleado en una estatua inmóvil; ahora que la alegría, el orgullo y cierta complacencia maligna daban movimiento á su faz severa, gallardia á sus ademanes y desusado tono á su habla; prestaban á su hermosura prodigioso realce: la envidia afea; pero la malicia y la fatuidad por ventura embellecen. Con tímidos pasos, como victima conducida al altar, entró Floriana por la cámara adelante, y habiendo tenido resolucion suficiente para aventurar una mirada furtiva hacia su señora, hubo de hacer tan terrible impresion el júbilo derramado por

aquella fisonomía naturalmente adusta, que sin remedio le fué forzoso bajar los ojos: habia comprendido el secreto de aquella sonrisa, y habia visto tambien en una mesa tripode á la derecha de la señora, un collar, un látigo y unas tijeras.

—Ven, mujer, ven, dijo Teodosinda á Floriana con todo el cariño que cabe en el que tiene enteramente á su disposicion á un contrario: yo he querido honrar la hermosura que ha sido capaz de avasallar á un príncipe; y así la propia mano de tu señora, y no la de una de tus compañeras de suerte, será la que te despoje de tu cabellera y ciña tu garganta con el collar que te declare por mia. Lástima es por cierto que esa rica madeja haya de sujetarse al hierro: lástima es que ese cuello de alabastro haya de cubrirse con un aro de cobre; pero no tengo yo la culpa de que sea esta la suerte que te ha cabido, suerte que yo procuraré hacer tolerable. Tú serás la sierva mas inmediata á mi persona, me vestirás, me harás el trenzado, estarás á mi lado siempre, y dormirás al pié de mi cama.

—Gracias, señora, respondió Floriana con sublime paciencia.

Las esclavas le hicieron señal de que se arrodillase y besara los pies á su ama: toda la sangre se le agolpó á las mejillas á Floriana en aquel terrible momento de prueba; venciéndose empero, se hincó de rodillas, sus largos y hermosísimos cabellos ondearon por el suelo, cuando inclinó la cabeza sobre el escabel en que descansaba el pié de Teodosinda, quien desarmada con la docilidad de su sierva, le alargó bondadosamente la mano: un ardiente beso y una lágrima aun mas ardiente comunicaron á aquella mano un temblor convulsivo. Aquel ósculo y aquella lágrima, ambos tan amargos, hicieron comprender á Teodosinda cuán poderoso era el atractivo de aquella muger, que aun sabia enternecer á una rival ofendida: irritóse consigo propia por aquel momentáneo impulso de ternura, y sus facciones, que por primera vez acaso habian brillado con el encanto celeste de la clemencia, cobraron su rigidez acostumbrada. Así pues el látigo, y tendiéndolo sobre la espalda de Floriana, dijo con entereza cruel: —derecho tengo sobre tí casi de vida y muerte; mira cómo me sirves. —En seguida, dejando el afrentoso instrumento del castigo servil, cogió á la paciente jóven con la mano izquierda una porción del cabello, y tirando suavemente de él hacia atrás, la obligó á levantar el rostro, demudado en aquel punto por la angustia, y estúvole contemplando algunos momentos, preguntándose interiormente á sí misma: —¿pero es en efecto esta muger tan hermosa? —No, se contestó mudamente, y ahora lo parecerá menos todavía: —y sin perder tiempo empuñó las tijeras y quedó despojada de su natural adorno aquella hermosa cabeza. Tomó luego el collar, ciñósole, cerró el candado, y entonces volvió á mirarla otra vez, y apareció de nuevo una sonrisa en sus labios que traducida en palabras significaba: bien estás así. El collar tenia la marca ó las iniciales de la señora.

Froya vino un momento despues. Al ver á Floriana, hizo un gesto de desagrado, como si sintiera haber llegado tarde, y mandó recoger los cabellos cortados, dando por razon que podian servir para adornar un yelmo. Teodosinda le pidió que la acompañase á la basilica: Froya enojado se negó con dureza. —Anda, le contestó, sola con tus esclavas, anda á lucir por las calles la nueva adquisicion que has hecho. Teodosinda, sin hacer caso, se dispuso á salir y mandó á Floriana que la llevase la piel sobre que habia de arrodillarse en la iglesia.

A la puerta del palacio de Froya habia una porción de gente agolpada, pues habiendo cundido por la ciudad la nueva de los sucesos ocurridos en la noche anterior, todos querian conocer á la romana que habia osado aspirar á princesa. Su modesto porte reunió todas las opiniones de los que la miraban en estas dos exclamaciones: ¡cuán desgraciada! ¡Cuán hermosa! Froya, asomado á un balcón, siguió con la vista á la comitiva de su hermana, hasta que torció por la bocacalle primera.

Recesvinto no estaba en Toledo: su padre la noche antes le habia mandado salir á sosegar á los vascones que principiaban á alborotarse.

V.

Jamás habia mostrado Teodosinda tanto empeño en parecer hermosa como desde que tenia en su poder á Floriana: la señora competia con la sierva y se valia del ministerio de la sierva misma para obtener la victoria.

—Nunca has tenido camarera que te vista y adorne como Floriana, le dijo un dia su hermano.

—Verdad es, le respondió Teodosinda. Yo creí que me serviria de mala gana, pero he visto que no. Nacida para la servidumbre, se ha conformado con su suerte.

—Quizá es que tiene un espíritu demasiado elevado para hacer caso de pequeneces. Cuando tú gozas extraordinariamente obligándola á esmerarse en tu tocado, quizá ella te compadece en sus aden-

tros y se dice á sí misma: —Satisfagamos el capricho de esta mujer envidiosa para hacerle ver que valgo mas que ella.

—¿Si tal supiera! ¡Yo envidiosa! Pero ¿cómo es que has variado tanto de opinion respecto de los españoles, á quienes tanto despreciabas antes?

—Los desprecio aun lo mismo.

—¿Y á las españolas?

—Tambien.

—¿A todas sin escepcion?

—¿Te figuras que me ha enamorado Floriana?

—Locamente.

—Cuidado cómo me la tratas entonces.

Este breve diálogo hizo que Floriana perdiese la benevolencia de su señora, que con su mansedumbre se iba grangeando.

Mientras tanto pasaban dias y dias, y el Rey guardaba un absoluto silencio respecto del príncipe. Si Teodosinda le habia perdonado, habia sido con la esperanza de que el Rey haria que se verificase el matrimonio interrumpido. Callaba el Rey y no habia cartas del príncipe.

Froya y su hermana comenzaron á dar oídos á ciertos próceres descontentos que atizaban en secreto la rebelion de los vascones. Decidíronse en fin á hacer causa comun con ellos, vivamente irritados contra el hijo y el padre.

Flavio tuvo noticia de la coligacion la noche misma en que fué jurada. Al siguiente dia se presentó de improviso en casa de los dos hermanos. A Teodosinda le dijo que habiendo pasado ya bastante tiempo para que el príncipe conociera su yerro, le habia escrito que se preparase para dar la mano á su antigua desposada, si esta se dignaba admitirla: á Froya le mandó restituirse á su gobierno; con esto quedó la conspiracion deshecha en un punto. Froya separado de sus cómplices, no podia entenderse con ellos: Teodosinda, esperanzada de ser esposa del príncipe, no habia de conspirar contra el Rey padre. Como el secreto se hallaba entre muchos, la division era segura y la ruina del proyecto inevitable.

Froya pidió á su hermana, llamándola burlonamente su futura reina, las albricias de la gran fortuna que le esperaba. Por don de partida reclamó el duque una joya de gran valia, la posesion de la hija del valle.

Negóse Teodosinda á desposarse de la sierva; pero el gobernador supo vencer fácilmente su resistencia, porque solo siendo amo de Floriana consentia en cesar de oponerse á la exaltacion de Recesvinto. Floriana pasó de manos de Teodosinda á las de Froya. E último servicio que exigió de ella su ama fué el mas cruel y repugnante de cuantos le habia prestado: Teodosinda mandó escribir á Floriana una carta para el príncipe, en la cual, segun las instrucciones del Rey, le permitia aspirar de nuevo á su cariño: la turbada amanuense tuvo que trazar entre otras estas durisimas espresiones: —«Creo que habrás olvidado completamente á la villana que fué tu esposa: de ella puedo asegurarte que ya no se acuerda de tí.» La letra de estas lineas estaba desfigurada y temblona: por fortuna la ilustre Teodosinda no podia conocer sino los borrones. Floriana supo con sobresalto que cambiaba de poseedor, pero salió de Toledo con alegría.

Caminaban en direccion de Segóbriga el duque y Floriana, montados ambos en poderosos corceles: venia la noche y el duque trataba de continuar su camino. Hallábanse en una vega regada por un bullicioso rio, cuyas márgenes poblaban ánsares silvestres: iban los viajeros á entrar en una senda estrecha y muy honda, ahogada entre dos cadenas de cerros empinadísimos, cubiertos de peñascos amenazadores, interpolados de espeso ramaje, los cuales, elevándose de repente sobre el llano de la vega, se estienden por espacio de una milla en forma de *Hoz* ó de media luna. La luz iba menguando, la tarde era nublada, y Froya habia observado que les habian ido siguiendo mañana y tarde unos hombres á caballo que aparecian á lo lejos en lo llano, y desaparecian entre las fragosidades. El sitio era peligroso y la hora mala: por eso el cauto Froya se previno antes de penetrar en el desfiladero: mandó abrir á sus esclavos una arca; púsose una ligera armadura de aros y un casco romano antiguo de finísimo temple que presentó sonriéndose á Floriana para que lo reconociese: la larga cabellera de la española, saliendo del cuerpo de un grifo, adornaba la cimera de aquella arma defensiva. Aprestado el duque, dispuso que los dos esclavos que llevaba consigo hiciesen guia con los caballos del diestro: detrás á cierta distancia habian de caminar dos soldados: Floriana en el centro y él á su lado para acudir donde hubiese peligro: todos á pie, porque lo estrecho, tortuoso y desigual de la senda hacia imposible el manejar bien una caballeria. Las precauciones que el duque tomaba hubieron de asustar un poco á Floriana, y mirando cuidadosamente á la cumbre de la mano izquierda, dió de pronto un grito que puso en cuidado á los cinco viajeros: le habia parecido ver un hombre en lo mas alto de

las peñas. Tranquilizóse Froya al momento reparando que realmente en la cima del cerro por aquel lado descollaba una Peña alta, estrecha y redonda (1), que de improviso y en aquella hora podía sin duda parecer una persona á los ojos de un medroso: Floriana sin embargo creyó que había visto ondear una capa, infiriendo de aquí que detrás del peñasco estaría el hombre. Sin mas detención se internaron en la hondonada: ya allí la oscuridad era mayor por lo alto de los cerros y lo frondoso de los árboles de que se cubrían á trechos. Pisaba Floriana con cuidado; pero tropezaba con frecuencia en los guijarros con que estaba la senda obstruida, de modo que por la lentitud de su marcha los soldados que habían de guardarles la espalda, los alcanzaban á cada instante y tenían que detenerse. Froya, ageno ya de temor porque habían caminado sin novedad la parte acaso mas peligrosa del estrecho, mandó á los soldados que siguiesen adelante y se reuniesen con los esclavos: quería coger del brazo á Floriana y no gustaba que nadie lo viese.

—Asete aquí, le dijo froya con cierta aspereza fingida: si no, no saldremos de la Hoz en toda la noche.

—¡Yo apoyarme en tu brazo, señor! ¡una esclava!

—La esclava cuyos cabellos oran mi capeote, bien puede rozarse con mi persona.

Floriana modesta y confusa tomó el brazo de Froya. Siguió un breve rato de silencio, durante el cual llegaron al parage mas desahogado del desfiladero. A la izquierda se alzaba una pared de roca perpendicularmente cortada: en ella, á la altura de cinco á seis estados, se veía un nicho natural casi lleno de guijas tiradas allí por los caminantes: al pie, un monton de cantos que dirigidos al nicho no habían entrado en él, ó habían rodado cuando entraban otros.

—¿Tendrás habilidad para introducir una piedra en aquel agujero? preguntó afablemente Froya á Floriana señalándole el nicho.

Maravilloso fué el efecto que hizo esta pregunta en Floriana: su viaje á Toledo, su esclavitud, lo peligroso del sitio, todo desapareció de su memoria; parecióle que se hallaba en el Valle del Paraiso, libre y feliz, travesando con los custodios de su infancia. Cogió una piedra, despidióla con brío y desapareció en el fondo del nicho.

—¡Bien, dijo entusiasmado Froya, no tienes mala suerte. ¿Sabes lo que significa lo que acabas de hacer?

—Lo ignoro completamente, señor.

—Hay un pronóstico, ó por mejor decir, hay dos pronósticos en este país á cerca de ese nicho. El viagero que mete en él una piedra, está seguro de volver á pasar por aquí.

—Es decir que por lo menos saldrá de este paso con vida. Ese es el primer agüero: ¿y el segundo?

—La jóven que introduzca allí una piedra, se ha de casar antes de un año.

—No se verificará ese agüero en mí: yo no puedo ser casada.

—¿Por qué?

—He sido divorciada porque mi matrimonio era nulo: he confesado que le contraje nulo á sabiendas: justo es que pague la pena de mi culpa: para mí no hay casamiento posible.

—No es justo eso, porque no es verdad: Recesvinto es el verdadero culpable, porque él sabía que no podía ser tu esposo, y te ocultó el obstáculo. Todo me lo ha confesado el sacerdote que os desposó, que es por quien yo tuve noticia de ti antes que fueses á Toledo. Tú puedes en conciencia casarte; Recesvinto no.

—El rey falló ya en virtud de mi declaración.

—Tú puedes y debes declarar otra cosa: Flavio debía haber sido menos precipitado y haber apurado la verdad del hecho. Pero aun no es tarde para reparar una injusticia. Flavio poco puede vivir: y aunque viviese mucho tiempo, aunque subsistiera el fallo injusto que tú has provocado locamente, Recesvinto se halla en una provincia inquieta.... y puede morir.

—¡Oh! ¡No lo permita Dios!

—¿Le amas todavía? Despues de su indigno porte contigo ¿pudieras conservarle inclinacion alguna? ¿Consentir que pasaras á ser esclava de tu rival, no hacer nada por tí, no verte ni hablarte, y por último admitir, pretender quizá la mano de mi hermana! ¿Merecen mas que odio y desprecio tan inicua traicion, tan horrible abandono?

—Yo no puedo creer que el principe sea tan inhumano.

—¿Qué motivos tienes para dudarlo? Quien principió engañándote ¿por qué no ha de acabar por darte al olvido? Ese hombre no sabe amar, no te ha querido nunca: si te hubiera amado, si tuviese corazon de hombre ¿te hallarias tú ahora aquí al lado de este adusto guerrero, que tampoco ha sabido amar hasta que te vió? Esclava

(añadió con un entusiasmo que amedrantaba) el duque Froya, enemigo despreciador constante de tu raza, el duque Froya que te ha sacado del poder de una tigre que gozaba en atormentarte; el duque Froya tu amo, que jamás ha mentido, y que jamás ha renunciado á un proyecto, te declara que te ama y te pide tu amor.

—¡Ah señor, señor, qué dices! Yo no puedo amarte. Soy esclava; pero me he criado libre, y sé lo que manda la fé en que me he criado. Pon los ojos en quien pueda corresponderte sin crimen.

—Si hay crimen aquí, mío es tan solo y de él daré cuenta. Floriana, tú has de ser mía.

—Jamás.

—¿Sabes lo que dices, imprudente? ¿Sabes que contra mí no tienes amparo ninguno? Eh, comprende mejor tu estado, lo que puedo y lo que merezco. Mira, Floriana, que aunque hubieses visto postrados á tus pies mil amantes, ninguno debiera darte la gloria que yo. Entre las bellas de nuestras principales ciudades he podido escoger á mi gusto una compañera, y á todos las he desairado: un talento y una virtud comunes no son para mí: yo quiero mas. Pero te he visto sentir la adversidad vivamente y superar sin embargo tu sentimiento; te he visto ejercer los oficios serviles, y quedar sin embargo elevada sobre tu clase y obligar á que te respetaran tus compañeros, tu señora y yo mismo. No hay en España quien conozca lo que tú vales como yo lo conozco: no hay quien te ame como yo te amo: no ha de haber quien te posea sino yo, que te aprecio y te amo como mereces.

—¡Oh, señor, cuánto te debo! ¡qué gozo es para mí ver que no eres tal como yo pensaba! Te creía feroz, insensible: ¡oh! perdon de la ofensa que hasta ahora te hacia. Desde que llevo el yugo de la servidumbre, no he tenido mas momento de consuelo que este. Pero, señor, ya que he debido al cielo la dicha de tener un amo que me engrandece á mis mismos ojos, yo sabré hacer ver que soy digna del concepto que de mí ha formado. Duque Froya, cuenta desde hoy con mi gratitud entrañable, cuenta con el respeto mas leal y mas puro, con la adhesion mas decidida: no puedo concederte mas sin que me desprecies tú propio.

—Mira, Floriana: mi carácter es adusto y silvestre: mis gobernados tiemblan delante de mí: colócate tú entre ellos y mi persona: sé tú la intérprete de sus ruegos, la abogada de sus necesidades: aborrezco á tu pueblo; pero adoro tus gracias: sirve á los tuyos mediando conmigo en su beneficio. Casarme solemnemente contigo no me es posible; pero entre nosotros está usado y protegido por la ley el casamiento *yuras* (1), único lícito entre desiguales. ¿Quieres ser mi mujer así?

—No.

—Floriana, acabemos. ¿Recesvinto vale mas que yo en prendas del alma?

—Quizá no.

—¿Es mas noble, mas gallardo, mas rico?

—No.

—Mas valeroso y constante, de seguro que no: tú no lo sabrás; pero lo sabe España: puedo decirlo.

—Y yo lo creo.

—¿Por qué me niegas el amor que le concediste?

—He sido su esposa.

—¡Floriana! ¡Floriana! exclamó aquí arrebatado y fuera de sí con el delirio de la pasión el ardiente godo. ¿Quieres ser solemnemente mi esposa?

La prueba, la tentación era terrible. El amor embellecía, divinizaba en aquel momento el rostro, la expresión, la voz, el ademán, hasta el aliento de Froya, tenía la magestad del león que respeta magnánimo la debilidad de su presa.

Floriana, agitadaísima, recogiendo con fuerza las riendas de su razon que se estraviaba, dijo al duque con inefable dulzura, y arrasados los ojos de lágrimas:

—Señor, el día que con la faja blanca y roja me enlazaron á Recesvinto, le prometí no ser nunca de otro, aunque le sobreviviera: él me ofreció lo mismo, y no lo ha cumplido: yo no quebrantaré mi palabra.

—Tú has querido tu pérdida, gritó entonces el godo rugiendo como un tigre. Asíó entre sus fornidos brazos á Floriana, la levantó como un haz de pluma, y se entró con ella entre los espesos árboles de una quebrada que subía serpenteando hasta lo mas alto de las rocas.

Bregando inútilmente para desasirse de Froya, dió Floriana al desaparecer en la espesura dos ó tres gritos de angustia que resonaron una y otra vez, repetidos por los ecos de la hondonada.

(1) Saliendo de Tarancón, se descubre aun al entrar en la Hoz de Paredes una Peña como aquí se describe.

(1) No tengo noticia de que se usase este casamiento entre los godos; pero así dice el manuscrito latino del que se habará al fin de la leyenda. Nota del editor.

A los gritos de angustia sucedió uno de sorpresa, cuya expresión era indefinible: un momento después salió corriendo Floriana de entre los árboles á la senda: entre los árboles sonaba espantoso martilleo de espadas.

Otro momento después apareció Froya retirándose hacia la senda, reciamente acosado por un desconocido en traje de mercader oriental: los cabos del turbante revueltos á la cara y cuello, solo le dejaban descubiertos los ojos, los golpes de su alfange eran irresistibles, su silencio aterraba.

Una fuerte cuchillada dirigida al cuello de Froya, descargó sobre la espesa cabellera de Floriana, que Froya llevaba en el casco: allí se embotó el acero, y aquel preciado adorno salvó al duque la vida; pero al violento vaiven producido por el golpe, rompióse el corchete de las correas que se unían por debajo de la barba, y el casco rodó por el suelo: otro mas furioso golpe amenazaba la cabeza desnuda del godo.

—¡Piedad! exclamó Floriana, lanzándose entre los dos combatientes.

El incógnito se detuvo, dejó que Froya diese un paso atrás y así de la mano á Floriana.

—Suéltame, quien quiera que fueres, dijo Floriana á su libertador: yo no puedo separarme de mi amo.

El desconocido clavó sus miradas centelleantes en Froya.

—Déjala venir conmigo si quieres, juro que puede ir segura.

El incógnito soltó la mano de Floriana y se escondió en la maleza.

A media noche Froya y su esclava, que habían caminado en un profundo silencio, subían la cuesta de Segóbriga, el casco romano del duque había quedado en el sitio de la refriega.

(Continuará.)

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

ESOPHO EL FRIGIO.

ANÉCDOTAS BIOGRÁFICAS.

¿No parece fatalidad que los hombres que mas han contribuido al progreso del género humano, los hombres que mas honran al pueblo que los vio nacer no hayan encontrado apologistas, ni tan siquiera biógrafos, mientras príncipes imbeciles, mientras guerreros sanguinarios y salvajes han encontrado quien trasmita á la posteridad los detalles de su vida tan pródiga de horrores? ¿No es una mengua para la humanidad que se llama sábia á sí misma que separamos á ciencia cierta de las devastaciones de Atila y las piraterías de Barbarroja, é ignoremos casi enteramente las mas importantes acciones de Homero, de Cervantes y de Esopo?

Nada mas cierto, y nada mas natural. Es uno de los tristes privilegios de que el génio goza. Vivir en lucha mortal con sus semejantes que no gustan de ver sacadas á plaza sus miserias por los sábios, y morir sin una lágrima de reconocimiento, sin un aplauso, y á veces sin una página en la historia.

Homero y Esopo, los dos génios que mas han merecido de la posteridad, no han sido evocados de su tumba por esa caterva de biógrafos modernos que han sentado en los cementerios sus reales. Y cuenta que Homero, que no es solamente padre de los Dioses, sino tambien de los buenos poetas, y Esopo, en mi opinion debiera colocarse en el número de aquellos sábios griegos tan celebrados, porque él enseñaba la verdadera sabiduría, y la enseñaba mejor que ellos sin reglas, sin silogismos y sin definiciones.

Cierto que han escrito algunos la vida de este grande hombre, pero los entendidos de nuestros tiempos las tienen por fabulosas: la que escribió Planudio en particular. Debemos, sin embargo, tener presente que cuando Planudio vivía no estaban aun olvidados los recuerdos de Esopo, y debió saber por tradicion lo que nos cuenta. Aparte de las inverosimilitudes y las trivialidades en que dá, me parece el biógrafo mas merecedor de crédito.

Esopo era frigio, natural de una aldea llamada Amonium. Nació en la quincuagésima séptima olimpiada como doscientos años antes de la fundacion de Roma. Difícil fuera decir si debió mucho ó poco á la naturaleza, que al dotarle de sobrenatural talento, le hizo tan feo y deforme, que apenas tenia figura humana, sobre tener en la lengua un impedimento físico que le estorbaba el hablar. Aunque no hubiera nacido, como nació, esclavo, con estos defectos lo hubiera llegado á ser irremediablemente;—pero debemos advertir que su alma fué siempre libre.

Su primer dueño le encomendó la labranza de los campos, ó por que le creyó incapaz de otras tareas, ó porque no quiso tener en su

presencia á todas horas un objeto tan desagradable. Sucedió, pues, que le regaló un dia uno de sus arrendadores higos que le agradaron de tal manera que mandó á su criado Agathopo llevarse los después del baño. Quiso el azar que Esopo tuviese que abandonar los campos aquel dia, y aprovechándose Agathopo de tan buena coyuntura se comió con sus camaradas los higos echando la culpa á Esopo, en la creencia de que no podría justificarse. Los castigos que daban á sus criados los antiguos eran crueles, y esta falta de las mayores. Postrose Esopo á los pies de su señor, y dándose á entender lo mejor que pudo, le pidió por toda gracia que retardase un momento su castigo. Concedido que le fué, corrió á buscar agua caliente, la bebió en presencia de su señor, y con meterse los dedos en la boca arrojó cuanto en el estómago tenia. Ni el menor rastro de higos. Justificado así pidió por señas que se obligase á sus acusadores á otro tanto, y como su dueño por curiosidad aprobó aquella feliz idea, vieron descubiertos por el idiota, y recibieron el merecido de sus calumnias y de su gastronomía.

Ocupado en sus trabajos estaba el dia siguiente cuando se acercaron á él algunos viajeros estraviados, Sacerdotes de Diana, segun biógrafos de nota, y le suplicaron por Júpiter hospitalario que les mostrase el camino del pueblo. Obligólos primeramente el Frigio á descansar á la sombra, y después de darles frutas y cuanto tenia, puso empeño en acompañarlos, por lo cual rogaron los viajeros á Júpiter que recompensase aquella caridad. Esopo á su vuelta se durmió, rendido por el calor y el cansancio, y vió en sus ensueños que la fortuna le sanaba de la lengua, otorgándole el don magnífico, que llegó á ser en sus manos una ciencia universal. Gozoso con la aventura despertó sobresaltado, y al conocer que no habia sido ilusión; —¿Que es esto? exclamó—mi lengua es libre... ya puedo pronunciar todas las palabras que antes solamente comprendía.

Esta maravilla fué ocasion de que cambiase de dueño. Habiendo Zenao, sobrestante ó gefe de esclavos, castigado rigurosamente á uno por una falta muy leve, Esopo le reprendió amenazándole con publicar sus injusticias. Por venganza Zenao contó á su dueño que el frigio hablaba, pero que solamente hablaba blasfemias de él. Dióle crédito el señor, y fué tan allá en lo agradecido que le regaló á Esopo, sin restriccion alguna, para que dispusiera de él á su capricho. Como un comerciante quisiera algunos dias después comprar á Zenao una bestia de carga, el sobrestante le respondió:

—No puedo venderte animales que son de mi dueño, pero si te venderé si quieres, uno de nuestros esclavos.

Llamó, pues, á Esopo, y el mercader dijo al verle.

—¿Me propones por burla este negocio? ¿comercio yo en elefantes?

Esopo le llamó y le dijo:

—Cómprame sin temor, que te será muy útil. Si tienes hijos, charlatanes y juguetones, mi cara los hará callar, y los criados los asustarán conmigo como si yo fuera el coco.

Esta ingeniosa sátira de sí mismo agradó al comerciante, que al fin le compró por tres óbolos diciendo:

—¡Prez á los Dioses! la alhaja no vale la pena; pero tambien me cuesta poco dinero.

El comerciante, que traficaba en esclavos, vendió en Efeso cuantos poseia reservándose únicamente un cantor, un gramático y Esopo, á quienes llevó á la feria de Samos; pero antes de presentárselos al público vistió á los dos primeros con todo el lujo posible,—como hacen los mercaderes para deslumbrar,—y cubrió á Esopo con un saco para qué, situado entre sus dos compañeros aumentase su esplendor.

Presentáronse varios compradores, y entre ellos un filósofo llamado Xanto, que preguntó al gramático y al músico qué sabían hacer.

—Todo,—respondieron ellos con la arrogancia característica á los de sus profesiones.

Riolo el frigio, y tan feo debió de ponerse con la risa, que Planudio pondera lo poco que faltó para que el filósofo tomase asustado las de Villadiego, pero por no volver á casa sin feriarle, sus discípulos le aconsejaron la adquisicion de aquella especie de hombre que de tal manera reía, y Xanto, persuadido, compró el poeta en sesenta óbolos. Al preguntarle como á sus compañeros—antes de cerrar el trato, para qué le serviría; Esopo respondió:

—Para nada, Esos egoístas lo han aprendido todo, y cuando vine al mundo ya tenían privilegio esclusivo del saber humano.

El cantor valió á su dueño mil óbolos, y el gramático tres mil.

La muger de Xanto tenia tan esquisito gusto que nadie la agradaba, de manera que el filósofo como era todo un sábio creyó que para que su muger no se le enojase necesitaba de una chanza al anunciar su compra, y la avisó que llevaba un esclavo el mas bello del mundo. Con este anuncio las doncellas de su servicio se le disputaban para amante; pero al verle una se tapó los ojos, otra huyó despa- vorida y otra prorumpió en lastimosos gritos. No fué tan comedida la

muger del filósofo que lo tomó en cuenta de burla, y aun dijo que su marido desde antaño quería deshacerse de ella, con que hubo quejas y lágrimas, y se acalararon á punto que pidió su dote sin los gananciales, por supuesto, y se quiso retirar á la casa paterna.

Sin embargo, recurrió el filósofo á su paciencia, que era como de casado, y Esopo á su buen talento, y ajustaron la paz.

Pero en verdad que si fuéramos á referir todos los arranques sublimes de su genio, sería cuento de nunca acabar y aun no podría por ellos juzgarle la posteridad como merece. Diremos, no obstante, uno de los que mas fama le ganaron, porque le puso en parangon con su ignorante dueño.

Un hortelano, á quien el filósofo había querido comprar ensalada por sí mismo, le rogó, que le sacase de una duda que tocaba muy de cerca á la filosofía... y á sus hortalizas. ¿Por qué, le preguntó, los frutos que planta el hombre, aun cuidados con esmero, no producen ni crecen tanto como los que la tierra produce naturalmente sin cultura? Xanto lo atribuyó á la Providencia, como hacemos con todo lo que no alcanzamos á comprender; pero Esopo llamó aparte riéndose á su dueño, y le aconsejó dijera al hortelano, que le había dado tal respuesta por no rebajarse á pensar en aquello, que asuntos de tal ralea los dejaba él por lo comun á su esclavo. Retiróse, pues, el filósofo de allí, y el frigio comparó la tierra á la muger que casada en segundas nupcias con un viudo con hijos prefiere los suyos propios á los de él, y aun les quita el pan á los unos, para dárselo á los otros. Así dedujo que la tierra adoptaba forzosamente los plantíos del hombre, y reservaba su ternura que es su savia para sus hijos naturales, madrastra y madre cariñosa á un tiempo. Tan contento quedó el hortelano con el apólogo que ofreció al poeta todos los frutos de su cercado.

En otra ocasion se renovaron las hostilidades entre el filósofo y su muger, porque Esopo, á quien había dicho el primero en un festín, dándole algunas fruslerías, lleva esto á mi buena amiga, se las dió á una perra en quien Xanto adoraba. Y como preguntase á la vuelta á su muger que le parecia el regalo, hizo esta de la maravilla, y Esopo por consiguiente fué llamado á declarar.

Xanto que aprovechaba todas las ocasiones para castigarle, le preguntó:

—¿No te dije terminantemente: lleva esto á mi buena amiga?

—Si señor, respondió el frigio; pero yo no tengo por buena amiga á la muger que habla de divorcio por un quitame allá esas pajas. La perra por lo contrario siempre es buena amiga, aunque la castigues ó la acaricies.

Abochornado el filósofo dióse por convencido; pero no así su muger que montó en cólera, y se separó de él. Ni ruegos de parientes ni de amigos le bastaron, conque el pobre filósofo estaba tan triston y descolorido que daba grima. Y mas adelante hubiera llegado en las ideas de suicidio que le empezaban á apuntar en el cerebro, si Esopo no hubiera inventado un expediente digno de su chirimén. Hizo aprestos y compras como para un festín, y haciéndose encontradizo con un criado de su señora, le dijo que como ella no queria volver al redil nupcial, Xanto pensaba casarse.

Al otro dia por celos, ó por espíritu de contradicción, tornó á casa del filósofo la oveja descarriada.

VICENTE BARRANTES.

ROMANCE SEMI-ESDRÚJULO. (1)

DESPEDIDA DE UN TEOLOGO.

Bellísima doña Próspera,
Que entre celages de tul
Sois en esa reja émula
De la aurora y de la luz.

Perdonad si con voz tímida
Y con humilde actitud
Me acerco á vos, aunque trémulo,
Ya sin distray ni capuz.

No me vengais con escrúpulos
Ni severa rectitud,
Que como sabeis no sirvele
A perro viejo el tús tús.

(1) Esta composicion, que acaso podrá chocar por instantáncil y chavacana, la hizo el autor á consecuencia de una apuesta y en un corto término dado, sosteniendo contra la opinion de algunos amigos suyos, que se podia hacer un romance de estension con este difícil asonante y el esdrújulo alternado.

Mañana me voy á Córdoba
Con un pariente andaluz
Que torna al hogar doméstico
Desde la villa de Irún:

Y no fuera hombre político
Ni de sentido comun,
Si á veros no adelantárame
Para deciros... *agur*.

Espero, pues, vuestras órdenes,
Señora, y ellas segun,
Obraré en todo solícito
Con la mayor prontitud.

Yo ya sé que de los jóvenes
Vuestra terrible segur
Ciega las amantes súplicas,
Roba la paz y quietud;

Pero sois tan hermosísima,
Que á jugar voy el albur
De deciros... ¡voto al chápito!
Mi tierna solicitud.

Bien sabeis que tengo crédito
De formal, y que... ¡Jesús!
Jamás he sido romántico,
Petardista ni tahir.

Como estudiante teólogo
Os juro por Belcebú
Que soy de lo mas pacífico
Que se halla de Norte á Sud,

Y aunque leí muchos párrafos
De Dumas y de Arlineourt,
Hace tiempo que á este género
Le tengo puesta la cruz.

Yo jamás en cuanto á música
Supe el *sol la mi ré ú*;
Pero sino canto óperas,
Suelo cantar el Mamburú.

Y aunque no entiendo las fórmulas
De la *trent* y de la *poul*,
Sé bailar bien una jácara
Y á veces un *paleddá*.

En charlar soy algo pródigo,
Y en escribir mas aun,
Y si no le llamo *céfiro*
A los vientos de Estambul,

A la huerta triste páramo,
Ni á don Anselmo *Monseur*,
Ni al oro metal *putisimo*,
Ni al blando fango *betun*,

Fruta *opípara* á los *nisperos*,
A la motera *abedúl*,
Ni acompaño en eco tétrico
Mis quejas con el *mas piu*,

Hablo en castellano explicito,
Escribo versos en u,
Al rábano llamo *rábano*,
Al altramuz *altramuz*;

Nunca hablo en estilo *biblico*
De David y de Saul,
Y si alguno dice *Lázaro*
Yo lo respondo *ego sum*.

Sin que pretenda poético
En vapores de *tisú*
Llamar á mi pluma citara
Y á mi garganta *laud*.

Esta, señora, es mi indole,
Que os muestro con amplitud,
Para que no me creyérades
Estúpido ó avestruz.

Perdone de vuestra mágica
Belleza la escelsitud
Si trato de mi amor sincero
Como de un *almoradús*...

Pero sois tan bizarrísima
Que, por San Vicente Paul,
Quien por vos no esté frenético
Es un pedazo de atún

Ya veis que me he puesto súbito
Todo el fondo del baul
Con el frac, y por apéndice
Rico baston de bambú.

Y si militar hallárame
Yó don Lázaro Agramunt,
Acercárame aquí bélico
Con espada y bericó.

No juzgues que esto es andrómina
De mi galante habitud,
Pues he perdido la brújula
Buscando de vos en buz;

Y así sin creerme sátropa
Mirad por el cielo azul
La sentencia que me diéades
Para calmar mi inquietud.

Sois á los ojos ¡Oh Próspera!
De nuestros amantes clubs
La joya mas enigmática
Que ha producido el Perú:

Y aunque para vuestra insula
Yo soy un pequeño mur,
Me arastra, señora, el mérito
Que tiene vuestra virtud

No exijo que en tierna *hipérbole*
Me conteis ahora... ¡uff..!
Matariame un monosilabo
Lanzado con acritud.

Suplicoos, pues, que en epistola
(¡Ay por vuestro *canesvil*!)
Me remitais presto á Córdoba
Con el amor la salud:

Pues si mi suerte no es *próspera*
Ser puede que *pour amour*
En vez de viajar intrépido
Me vaya monge á Saagunt.

O en lugar de ir en *acénila*
Que me lleve un atahud
Al hoyo, que de este tráfago
Es el término común.

Esto dijo un Escolástico
Entre galante y *gandul*
A cierta viudita rijida,
pero rozagante aun.

J. GUILLÉN BUZARÁN.

EL CASAMIENTO.

Le aconsejaban á un padre que no casara á su hijo tan pronto,
sino que esperara á que tuviera mas juicio.
—Se equivocan VV., contestó el padre, si se espera á que mi hi-
o tenga juicio no se casará nunca.

ORGULLO DE UN BANQUERO.

Un marqués le dijo á un banquero: «Debe V. saber que soy hom-
bre de calidad.» El banquero le contestó: «Y yo soy hombre de
cantidad.»

Ha llegado la época en que la aristocracia financiera compite en
orgullo con la nobleza.

EL AMOR Y LA LUNA.

El amor se parece á la luna: cuando no crece, es preciso que
mengüe.

LOS HOMBRES Y LAS MUJERES.

Los hombres dicen de las mujeres todo lo que se les viene á la
boca: las mujeres hacen de los hombres todo lo que se les antoja

UNA SINCERIDAD CRUEL.

Una viuda que hacia poco habia perdido á su marido, llo-
ra su muerte derramando abundante cuanto amargo llanto: quisie-
ron consolarla, pero ella contestó:

—Dejadme ahora que llore todo lo que quiera, que despues no
volveré á acordarme de mi difunto.

LA HERENCIA DE LA GULA.

Un hombre muy gloton decia: «Mi padre comia mucho, y mi
madre comia mucho tiempo, yo participo de ambas cualidades.»

LA VELETA.

Una señora sostenia en una tertulia, que la muger era mas per-
fecta que el hombre, porque siendo la última obra que Dios habia
hecho, se debia creer que habia reunido en ella todas las perfeccio-
nes de las demas criaturas. Un bromista dijo entonces que Dios era
un gran arquitecto, porque despues de haber concluido su edificio,
habia puesto en la cúspide una veleta.

EL PORTERO EXACTO.

Le preguntaron á un portero si estaba su amo en casa, y con-
testó que no. ¿Cuándo volverá? Le preguntaron otra vez. El portero re-
spondió: «Cuando el amo manda que se diga que no está en casa, no
se sabe cuando volverá.»

EL CUADRANTE

Un sujeto mandó á su criado que fuera á ver qué hora señalaba
un cuadrante solar que habia en el jardin encima de un pedestal
porque queria arreglar su reloj con el sol. Despues de dar varia-
s vueltas alrededor del cuadrante, sin poder encontrar el medio de
conocer la hora, cargó con el cuadrante, y se le llevó muy oficios-
amente á su amo diciéndole: «Señor, tenga V. la bondad de verlo
V. mismo, porque yo no lo entiendo.»

RUEGO DE UN MARIDO.

Un sugeto muy devoto estaba leyendo un dia la Santa Escritura,
y llegó á un párrafo que decia que un hombre, por castigo de sus
pecados, fué poseido por un demonio mudo. Entonces el devoto con
todo el ardor de su alma, se arrojó diciendo: «¡Dios mio, si un de-
monio de esta clase se apodera de mi muger, no la libreis de él, os
lo ruego!»

OCURRENCIA FELIZ DE UNA SEÑORA.

La fueron á decir á una Señora que tenia mas de 80 años que
otra señora de mas edad que ella acababa de morir
—«¡Cielos dijo aquella, ya no habia mas que esa muger ent re
la muerte y yo.»



BIBLIOTECA UNIVERSAL.

Se ha repartido la primera entrega de la segunda serie de esta baratísima y ele-
gante publicacion: contiene el primer tomo de la lindísima novela de Alfonso Karr
titulada EL CAMINO MAS CORTO, y la adornan excelentes grabados; la obra se publi-
cará completa en tres entregas con 18 grabados, y costará por consiguiente 3 rs., en
vez de 22 que vale la edicion francesa sin láminas.
El dia 15 aparecerá la primera entrega de la primera serie.

Imprenta del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. AL-
HAMBRA, Jacometrezo, 26.